



PERSONAJES

EL VICESECRETARIO SEGUNDO
LA DOCTORA DOROTHY GREÑUELA
EL INTRUSO

La acción transcurre en el Salón de Actos del Club de Divulgación Cultural «Amadeo Pimentel». Aquí y ahora. Sería interesante que por el vestibulo deambularan algunas gallinas.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

ACTO PRIMERO

(Mesa preparada para una conferencia. Una jarra y dos vasos. Un florero con rosas. Tras algunas ostensibles vacilaciones entra el VICESECRETARIO, aparentemente incómodo e inseguro. Mira su reloj. Se arregla la ropa. Habla al público.)

Vicesecretario - Disculpen. Son las... *(Dice la hora real)*. Ocho minutos de retraso. Lamentable. Ustedes perdonen. Y perdonen también mi presencia aquí. No soy la persona adecuada. Mi cargo en la Junta Directiva no me capacita para ejercer este cometido. No fui designado con vistas a desempeñar esta clase de tareas. Disculpen. Es el señor Presidente quien debería dirigirles la palabra. En su ausencia, por otra parte inexplicable, le correspondería al señor Vicepresidente pedirles a ustedes disculpas. En caso de incomparecencia del Vicepresidente, el señor Secretario tiene atribuciones para suplirle, tanto en ésta como en otras circunstancias que los estatutos detallan minuciosamente. Los estatutos, en cambio, no contemplan, ni remotamente, la posibilidad de que un Vicesecretario asuma tales funciones. Y mucho menos un Vicesecretario Segundo, cuyas atribuciones apenas sobrepasan las de un simple Vocal. Por consiguiente, en tanto que Vicesecretario Segundo del Club de Divulgación Cultural «Amadeo

Pimentel», me veo en la circunstancia, totalmente extraestatutaria, de pedirles disculpas por este retraso de ocho minutos... (*Mira su reloj*). Perdón: de once minutos, con respecto a la hora fijada para el comienzo del acto. Lamentable. Mal papel haremos en Europa, si no enmendamos este feo vicio nacional de la impuntualidad. Aunque, sin duda, ha sido una inexplicable cadena de adversidades la causante de tantas ausencias. Y muy especialmente, la de nuestra invitada de esta noche, la doctora Dorothy Greñuela, cuya conferencia sobre «Las paradojas del espacio-tiempo» ha congregado hoy aquí a la práctica totalidad de los socios y socias de nuestro Club. Lo cual hace todavía más lamentables las inexplicables ausencias del señor Secretario, del señor Vicepresidente y, sobre todo, del señor Presidente, que era además el encargado de presentarles a ustedes a la doctora Dorothy Greñuela, llegada directamente de la Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania, en Estados Unidos de América, aunque ella es, como ustedes saben, oriunda de nuestra región. Porque también aquí sufrimos, aunque me esté mal el decirlo, el terrible azote de la fuga de cerebros. A riesgo de resultar machacón, quiero insistir en el tema de la puntualidad. Porque, no hace falta decirlo, ni mi actual cargo en la Junta Directiva ni mis conocimientos en la materia me capacitan como es debido para semejante misión. Me refiero, claro está, a la presentación de la doctora Greñuela. Ya que, si bien en su momento leí con sumo interés el «curriculum vitae» de tan ilustre visitante, que ocupa, si mal no recuerdo, algo más de doce páginas mecanografiadas, todas ellas en inglés, ni mis conocimientos idiomáticos ni mi formación cultural me permiten cumplir esta tarea como la ocasión se merece. (*Mira su reloj*.) No quiere esto decir que mi curiosidad científica sea totalmente ajena al tema que la doctora Greñuela va a exponerles, sin duda magistralmente, en cuanto dé por finalizado su inexplicable retraso. No. Como ustedes saben, entre los actos culturales que adornaron las últimas elecciones a la Junta

Directiva del Club, en las que fue derrotada, por cierto, mi candidatura a la Presidencia, tuve ocasión de disertar sobre los graves trastornos que padecen las gallinas de nuestra comarca cuando se altera su ciclo sexual, trastornos que afectan principalmente al horario y a la orientación. Tema, como pueden apreciar, no del todo ajeno al que va a exponer nuestra ilustre conferenciante. Salvando las distancias, desde luego, entre su alta especialización y mi modesta condición de aficionado. Y sin descuidar las diferencias entre el estudio de las ciencias físicas y la observación de las aves de corral. En este sentido, no me cabe duda de que nuestro Presidente electo, cuya ausencia no dejaré de lamentar, frecuenta campos mucho más cercanos al investigado por la doctora Greñuela, de Pennsylvania. Bastaría con mencionar, entre sus múltiples actividades, su empleo en el Catastro y su afición a reparar relojes de péndulo, para asegurar que los problemas del espacio y del tiempo son materia más que familiar para nuestro Presidente. (*Mira su reloj*.) No quiero, pues, suponer que su ausencia se deba a una confusión sobre el lugar o sobre la hora. Más dispuesto estaría a suponer errores de este tipo en el señor Vicepresidente, cuya avanzada edad y el consiguiente deterioro de sus facultades físicas, por no hablar de las mentales, serían motivo más que suficiente para explicarlos y aun para excusarlos. En cuanto al señor Secretario, me abstengo de especular en público sobre las razones de su habitual absentismo, dadas las discrepancias que últimamente han surgido entre nosotros, a propósito de ética deportiva, por decirlo así, en el reciente campeonato de Billar Morisco celebrado en el Círculo Agrícola y Ganadero «Garcilaso de la Vega» de nuestra localidad. (*Mira hacia los laterales*.) Pero como el tiempo pasa y aquí no viene nadie, me veo en la obligación de proponerles a ustedes una alternativa. Alternativa que someteríamos a una votación a mano alzada, como es costumbre en todas las decisiones del Club. Ahora bien: en este caso, para que nadie se sienta coaccionado por mi presen-

cia —ya que una de las alternativas me concierne personalmente—, la votación a mano alzada, sería, además, secreta. Bien. La opción que les propongo es la siguiente: o bien suspendemos simple y llanamente el acto y nos vamos todos a casa, con la lógica frustración por habernos desplazado inútilmente hasta aquí, a una hora tan intempestiva, a través de las calles embarradas, debiendo afrontar los riesgos de la inseguridad ciudadana y con la molesta sensación de que nuestro amado Club quizás está iniciando una crisis, o hasta una decadencia, motivadas por cierto vacío de poder y una evidente incapacidad de la actual Junta Directiva para cumplir mínimamente con sus cada vez más menguados compromisos electorales que deberían dotar de alimento a las apetencias culturales de tantos y tantos socios que año tras año han contribuido con su entusiasmo, sus mensualidades y sus rifas de productos de tocador de señora y caballero al mantenimiento de... *(Se interrumpe, extraviado.)* ¿Por dónde iba? Ah, sí: o bien suspendemos el acto, o bien aprovechamos la ocasión para compartir... *(Saca unos pliegos del bolsillo interior de la chaqueta.)*... una amena disertación que escribí hace unos días y que, casualmente, llevaba encima. El tema, debo reconocerlo, no guarda relación con ese que les iba a exponer, sin duda muy brillantemente, la doctora Dorothy Greñuela, de Pittsburgh, Pennsylvania, cuya ausencia inexplicable soy el primero en lamentar...

(Entra precipitadamente la doctora DOROTHY GREÑUELA, joven y atractiva, aunque vestida de un modo casi masculino. Lleva una carpeta y muestra una evidente perplejidad.)

Doctora - Buenas noches... Ustedes perdonen... *(Tiende la mano al VICESECRETARIO.)* ¿El señor Presidente?... Mucho gusto... Permítame disculparme por este retraso imperdonable. Pero puedo asegurarle... *(Al público.)*... y a todos ustedes también... que no soy responsable de lo ocurrido...

Vicesecretario - *(Que se ha apresurado a guardarse los pliegos en el bolsillo.)* La doctora Greñuela, sin duda. Bienvenida. Mucho gusto. Permítame. *(Al público.)* Señoras y señores: tengo la satisfacción y el honor de presentarles a ustedes, en nombre de nuestra Junta Directiva ausente, a nuestra invitada de esta noche, la doc-...

Doctora - Un momento. La Junta Directiva, ¿de qué?

Vicesecretario - ¿Cómo que «de qué»?

Doctora - Sí. ¿De qué entidad?

Vicesecretario - Del Club de Divulgación Cultural «Amadeo Pimentel», naturalmente.

Doctora - No tan naturalmente, señor mío. Hace cinco minutos, a causa de una inexplicable confusión de su Vicepresidente, estaba dando la conferencia en no sé qué asociación deportiva.

Vicesecretario - ¿Asociación deportiva? No se referirá usted a la Asociación Gimnástico-Deportiva «Conchita Margules»...

Doctora - Algo así...

Vicesecretario - ¿Quiere decir... que nuestro Vicepresidente, en vez de traerla aquí, desde el Hotel... la ha llevado a la Asociación Gimnástico-Deportiva «Conchita Margules»?

Doctora - Eso parece.

Vicesecretario - Es imperdonable. Y también incomprensible.

Doctora - Y lo peor no es que me llevara, sino que me ha tenido diez minutos dando allí la conferencia sobre «Las paradojas del espacio-tiempo»

Vicesecretario - ¡Diez minutos! *(Mira su reloj.)* Es intolerable.

Doctora - Si no hubiera sido por las muestras de... de asombro de todas aquellas señoras, aún estaría allí.

Vicesecretario - ¿Qué quiere decir?

Doctora - Quiero decir que, a los diez minutos, el público, todo de señoras, ha empezado a murmurar, a agitarse, a silbar por lo bajo...

Vicesecretario - ¡A silbar! ¡Qué vulgaridad! Y el señor Vicepresidente, ¿qué hacía?

Doctora - ¿Qué hacía? Avioncitos de papel.

Vicesecretario - Claro, no me extraña. En su juventud fue premio regional de papiroflexia. Debe usted disculparle, doctora... Su avanzada edad, sus achaques...

Doctora - ¿Sus achaques? ¡Corría más que yo!

Vicesecretario - ¿Correr? ¿El señor Vicepresidente?

Doctora - ¡Más que yo! Se empeñó en despedir al taxi, en que fuéramos dando un paseo... «Es aquí mismo», decía...

Vicesecretario - ¿Aquí mismo? Pero si el Hotel está al otro lado de la ciudad...

Doctora - Ya me he dado cuenta.

Vicesecretario - Usted me perdonará, pero yo... y la casi totalidad de los socios y socias del Club, aquí presentes, sabemos que el señor Vicepresidente tiene... ciertas dificultades... locomotrices, desde hace varios años.

Doctora - Lo noté. Al principio tenía que sostenerle para que no cayera, o casi...

Vicesecretario - Pobre hombre, sí...

Doctora - Pero en cuanto empezó a acelerar...

Vicesecretario - ¿Acelerar?

Doctora - Sí: me costaba seguirle. Y debo decir que llegué sin aliento al... pretendido Club.

Vicesecretario - Eso es lo más incomprensible. El Vicepresidente, y todos nosotros, defensores de la cultura y del progreso, somos enemigos acérrimos de esa autodenominada Asociación Gimnástico-Deportiva, un verdadero nido de oscurantismo y barbarie. La tal Conchita Margules... *(Se interrumpe y mira su reloj.)* Pero no podemos perder más tiempo. Son las... *(Dice la hora real.)* Dentro de dos horas empieza un programa televisivo de índole científica, que la mayoría de nosotros sigue con verdadera pasión intelectual. Me refiero al famoso concurso «¿Quién inventó la cebada?». No sé si allá en Estados Unidos lo pasan...

Doctora - No me suena. Pero tiene usted razón. Será mejor que olvidemos cuanto antes este enojoso asunto.

Vicesecretario - Olvidar... Es fácil olvidar, cuando se es joven...

Doctora - ¿Cómo dice?

Vicesecretario - Nada, nada... *(Indicándole la maldad de pasar a la palestra.)* *(La DOCTORA se detiene detrás de la mesa. EL VICESECRETARIO se blica.)* Bien, señoras y señores: parece que por fin lugar la tan esperada conferencia, a pesar

(La DOCTORA ha levantado, de la mesa, una cesta de mimbre.)

Doctora - *(Mostrándola al VICESECRETARIO.)* ¿Eso? P

Vicesecretario - *(Apenas sorprendido.)* ¿Eso? P

Doctora - Ya me he dado cuenta. ¡Una cesta de mimbre!

Vicesecretario - *(Idem.)* ¿De huevos? Qué curioso!

Doctora - ¿Y puede saberse qué hace aquí?

Vicesecretario - Como poder... sí, tal vez se me olvidó. Ya habrá notado que en nuestro Club, hay algunas deficiencias organizativas. ¿Usted?

Doctora - ¿Pedir yo? ¿Qué?

Vicesecretario - Los huevos.

Doctora - ¿Y para qué iba yo a pedir huevos?

Vicesecretario - No sé... Tal vez para algún curso.

Doctora - ¿Piensa que voy a dar un curso?

Vicesecretario - Claro, claro... *(Toma la cesta de mimbre.)* Mmmmm... ¿Se ha fijado la calidad?

Doctora - *(Mientras se sienta.)* No lo pongo.

Vicesecretario - ¿No quiere que le guarde?

Doctora - *(Poniéndose las gafas.)* Señor Presidente, especialmente desde el estado de Pen

una conferencia en este Club de Div

Vicesecretario - *(Interrumpiéndola.)* Perdone, no malentendido...

Doctora - *(Alarmada.)* ¡Cómo! ¿Me he vu

Vicesecretario - No, no... No se preocupe. Éste es, efectivamente, el Club de Divulgación Cultural «Amadeo Pimentel», y es aquí donde tiene que dar su conferencia sobre «Las paradojas del espacio-tiempo»...

Doctora - ¿Entonces?

Vicesecretario - Nada, nada... Es un pequeño detalle sobre mi cargo en la Junta Directiva. Usted, naturalmente, no tiene por qué estar al corriente de los pormenores del proceso electoral... aunque más bien habría que llamarlos «pormayores», dada la envergadura de las irregularidades que... Pero digo que usted, allá en Pennsylvania, bien ajena estaba, pobre mujer, a los tiras y aflojas, a los dimes y diretes, a los tomas y dacas que rodearon su invitación, poco antes de la campaña electoral. Usted, querida amiga... y permítame este tratamiento afectuoso... no podía ni sospechar... *(Al público.)*... ni tampoco ustedes, la masa anónima y sufrida de los socios de nuestro Club que se limita a pagar las cuotas mensuales... *(Saca un papel de otro bolsillo.)*... aunque no son pocos los morosos que, últimamente, sin duda al amparo de los disturbios que han alterado el recto desenvolvimiento de... *(Tras mirar el papel, otea la sala.)* Allí veo, por ejemplo, a las hermanas Tamborero, que adeudan tres mensualidades...

Doctora - Un momento, un momento... ¿Qué se propone usted?

Vicesecretario - *(Guardando el papel.)* Tiene razón. Disculpe. No es éste el momento adecuado. *(Mira su reloj.)* Son las... *(Dice la hora real.)* No perdamos más tiempo.

Doctora - *(Ya irritada.)* Eso me gustaría. De modo que haga el favor de... retirar esa cesta, siéntese y empecemos.

Vicesecretario - No puedo.

Doctora - ¿Qué es lo que no puede?

Vicesecretario - Sentarme. No hay más que una silla, y la tiene usted.

Doctora - ¿Y no puede pedir que le traigan otra?

Vicesecretario - *(Tras cierta vacilación.)* Bueno... Nada se pierde con probar... *(Grita hacia un lateral.)* ¡Aarón!

Doctora - *(Sobresaltada.)* ¿Cómo dice?

Vicesecretario - Digo Aarón. El ordenanza se llama Aarón. *(Grita.)* ¡Aarón!

Doctora - Qué nombre tan...

Vicesecretario - Sí, es un nombre bíblico. Su padre presumía de judío. El, en cambio, es un poco duro de oído. *(Grita más fuerte.)* ¡¡Aarón!!

Doctora - ¿No hay otro modo de conseguir la silla?

Vicesecretario - Sí, claro. Puedo ir a buscarla yo mismo. Pero quiero que los señores socios, y también las señoras socias, se den cuenta del grado de absentismo que el Secretario propaga entre sus allegados. Porque para nadie es ya un secreto que Aarón es la mano izquierda del señor Secretario.

Doctora - Bien, bien... Pero, ¿qué hay de la silla?

Vicesecretario - Voy a buscarla yo mismo. Será lo más práctico. Disculpe.

(Sale con la cesta al brazo. La DOCTORA suspira aliviada, abre su carpeta y saca unas hojas.)

Doctora - *(Al público, sonriendo forzosamente.)* Bien... Parece que por fin voy a poder exponerles el tema de mi conferencia. Tema que ha sido objeto de mis investigaciones en el Departamento de Física Teórica de la Universidad de Pittsburgh, bajo la dirección del Doctor Hans Peter Forrester, seis veces candidato al Premio Nobel y una de las figuras más relevantes de...

(Entra el VICESECRETARIO sacudiendo el polvo de una vieja y algo desvencijada silla. Lleva, además, la cesta.)

Vicesecretario - Lamentable...

Doctora - *(Prosigue, mientras el VICESECRETARIO coloca la silla a su lado, la cesta sobre la mesa y se sienta con precauciones.)*... Una de las figuras más relevantes, decía, del pensa-

miento posteinsteiniiano, cuyas investigaciones sobre el espacio-tiempo desde los fundamentos de la mecánica cuántica establecidos por Heisenberg, Schrödinger y Born, entre otros... *(Repara en la cesta.)* ¿Qué hace eso ahí?

Vicesecretario - *(Colocándola rápidamente bajo la mesa.)* Nada, nada... Usted no se preocupe.

Doctora - Pero, ¿por qué se la vuelve a traer?

Vicesecretario - No es prudente dejar nada de valor cerca de la puerta.

Doctora - ¿Qué puerta?

Vicesecretario - *(Señalando hacia el lateral.)* Esa. Da directamente a la calle y no cierra muy bien.

Doctora - ¿Y eso qué importa? ¿Es que alguien va a entrar aquí para robar una cesta de huevos?

Vicesecretario - Hace mal en infravalorarlos. Son de primera calidad... *(Saca uno y se lo muestra.)* Mire usted. Además, en esa calle tiene su sede provisional el Centro Cívico-Filatélico «Victorino Muelas»...

Doctora - *(Irritándose.)* ¿Y qué tiene que ver la filatelia con los huevos?

Vicesecretario - La filatelia, señorita, no es más que una burda tapadera de ese Centro, que no tiene de «cívico» más que el nombre. Sus componentes son un puñado de ex-policias depurados por su... exceso de celo. Y cuando celebran lo que ellos llaman Asambleas de Reafirmación, suelen clausurar el acto con algarazas callejeras. Más de una vez han irrumpido en nuestro local, borrachos, en medio de una velada poética o de un concierto de marimbas...

(Mientras el VICESECRETARIO habla, la DOCTORA se sirve de la jarra en un vaso.)

Doctora - *(Inquieta.)* ¿Y sabe usted si hoy celebran una de esas asambleas?

Vicesecretario - No. Al menos, no una asamblea ordinaria.

Doctora - Entonces, si le parece, podemos iniciar la conferencia... sin más interrupciones ni demoras.

Vicesecretario - Inicie, inicie...

(La DOCTORA bebe un trago del vaso y, al instante, lo devuelve entre toses y ahogos. El VICESECRETARIO la contempla impertérrito.)

Vicesecretario - Fuertecillo, ¿no?

Doctora - *(Cuando puede hablar.)* ¿Qué... qué es... esto?

Vicesecretario - Clarete. De la tierra. Una gentileza de la Cooperativa Vitivinícola «San Gabriel Arcángel». Doce grados, ahí es nada... ¿Me permite? *(Se sirve un vaso y lo paladea.)* Mmmmm... De primera calidad.

Doctora - *(Sobreponiéndose con esfuerzo.)* Si no le importa... me gustaría poder beber agua... de cualquier calidad. *(Se quita las gafas.)*

Vicesecretario - ¿De cualquiera?

Doctora - *(Alarmada.)* ¡No! De cualquiera, no. Agua potable, normal.

Vicesecretario - ¿Qué entiende usted, exactamente, por «agua normal»?

Doctora - Agua que se pueda beber. Y embotellada, si es posible.

Vicesecretario - Ni una palabra más. Comprendido. *(Grita hacia el lateral de la DOCTORA.)* ¡¡Aarón!!

Doctora - *(Protegiéndose el oído atacado.)* ¡Por favor!

Vicesecretario - Perdone. Pensé que tal vez andaría por ese lado.

Doctora - ¿Sería demasiada molestia pedirle que vaya usted a buscar el agua?

Vicesecretario - Dadas las circunstancias, será lo más sensato.

Doctora - Muchas gracias.

(El VICESECRETARIO se levanta, va hacia el lateral, se detiene, vuelve a la mesa, coge la cesta y sale con ella bajo el brazo. Pero la DOCTORA no ha reparado en ello porque, súbitamente, tiene un gesto de extrañeza que se transforma en inquietud, mira a su alrededor y exclama en inglés de U.S.A.)

Doctora - Oh, God! Somebody, somebody, please! A hunter, a shepherd, a vagabond!... Don't let me here, alone, in the night... *(Nuevo gesto de extrañeza, mira perpleja al público, se pone las gafas, sonríe forzosamente y trata de hablar con naturalidad.)* Pues... sí: tal como les estaba diciendo... *(Se interrumpe.)* ¿Qué les estaba diciendo?... ¡Ah, sí! ¡La conferencia! *(Mira sus papeles.)* Eso es... El profesor Forrester... Les estaba hablando del profesor Hans Peter Forrester, que dirigió mis investigaciones en el Departamento de Física Teórica de la Universidad de Pittsburgh con un rigor científico implacable, con una responsabilidad didáctica excepcional, con una generosidad humana a toda prueba, con una paciencia sin límites... *(Su tono va cambiando.)*... con una delicadeza exquisita, con un sentido del humor poco frecuente, con una entrega francamente exagerada, con una picardía...

(Es interrumpida por un estrépito de botellas caídas y rotas procedente del lateral. Silencio y perplejidad. Reaparece el VICESECRETARIO con la cesta al brazo, una botella de agua en una mano y chupándose un dedo de la otra.)

Vicesecretario - *(Mientras va a su sitio.)* Efectivamente: ni rastro de Aarón. *(Se sienta, deja la cesta sobre la mesa... pero al punto la esconde debajo. Coloca la botella ante la DOCTORA.)* Agua Natural Salutífera «Los Tres Chorros». De la región. *(Continúa chupándose el dedo.)*

Doctora - Muchas gracias... *(Por el dedo.)* ¿Qué le ha pasado?

Vicesecretario - Nada, nada... Un pequeño accidente laboral. *(Mostrando el dedo al público.)* Ya ven, queridos socios: la desidia y el absentismo de la actual Junta Directiva empiezan a producir derramamiento de sangre...

Doctora - ¡Sangre! ¡Qué horror! *(Con leve morbosidad.)* A ver, a ver... *(Por la mano.)* ¿Me permite?... ¿Dónde está la sangre?

Vicesecretario - *(Sacudiendo la mano.)* Si ya le digo que no es nada... *(Le muestra la yema de un dedo.)* Aquí.

Doctora - *(Cogiéndole la mano.)* Ah, sí... Ya la veo... Es esto, ¿no?

Vicesecretario - Exacto.

Doctora - ¡Qué curioso! Precisamente en ese dedo...

Vicesecretario - ¿Curioso? ¿Por qué? *(Se mira el dedo.)* Es un dedo como cualquier otro.

Doctora - Sí, claro... No sé por qué me extraña... *(Va a servirse agua de la botella y comprueba que está cerrada.)* ¿Le importaría abrir la botella?

Vicesecretario - *(Que observa intrigado su dedo.)* ¿Cómo?

Doctora - La botella. Está cerrada.

Vicesecretario - Ya, ya...

Doctora - ¿Me la puede abrir?

Vicesecretario - No hay abridor.

Doctora - ¿No hay abridor?

Vicesecretario - Exacto. No lo hay.

Doctora - ¿En todo el Club?

Vicesecretario - Me atrevería a jurarlo.

Doctora - Entonces, ¿para qué me ha traído la botella?

Vicesecretario - Para demostrarle a usted... y a todos los señores socios, que conmigo se puede contar.

Doctora - *(Algo angustiada.)* O sea que... ¿no voy a poder beber en toda la conferencia?

Vicesecretario - ¿No quiere hacer otra intentona con el clarete?

Doctora - ¡Es agua lo que quiero, no clarete! *(Al público, desesperada.)* Señores: ¿alguno de ustedes no llevará encima, por casualidad, un abrebotellas?

Vicesecretario - *(Confidencial.)* Le recuerdo que han venido a una conferencia, no a una excursión.

Doctora - *(Furiosa.)* ¿Y qué clase de conferencia es ésta, que no tiene ni agua?

Vicesecretario - A mí no me lo diga. Entre mis cometidos estatutarios, no figura el acarreo de agua para los conferenciantes.

Doctora - *(Al borde de la crisis.)* ¿Y cuáles son sus cometidos, si se puede saber?

Vicesecretario - *(Sacando otro papel de un bolsillo.)* Se puede. Si me lo permite, se los voy a leer...

Doctora - *(Estalla.)* ¡No! ¡No se lo permito! ¡Quiero dar mi conferencia! ¡He viajado miles de millas para venir aquí, a dar una conferencia, y la daré! *(Profiere un juramento en inglés.)*

Vicesecretario - *(Tras una pausa.)* ¿Cómo ha dicho?... Bueno, no importa: sospecho que esa expresión debe de ser algo malsonante. Afortunadamente, a pesar de nuestra vocación europeísta, son muy pocos aquí los que cultivan idiomas extranjeros. De todos modos, no perdamos la esperanza: si regresa Aarón, seguro que lleva encima un abrebottellas. Es un bebedor de cerveza emperdenido... Y no sólo de cerveza...

Doctora - *(Reuniendo sus fuerzas, trata de olvidarse del VICESCRETARIO y se dirige al público.)* Señoras y señores: el tema de mi conferencia es, como ustedes ya saben, «Las paradojas del espacio-tiempo»...

Vicesecretario - Lo saben, lo saben... El programa se editó antes de las elecciones.

Doctora - *(Como lanzándose en picado.)* Pero quizás no saben que ya Einstein estableció la íntima conexión entre el espacio y el tiempo, o sea, que el espacio y el tiempo no están en realidad separados, sino íntimamente conectados para formar un continuo cuatridimensional: el espaciotiempo. *(Toma aire.)* Consecuencia de esto es la equivalencia entre masa y energía, así como la índole estrictamente dinámica de todos los fenómenos subatómicos.

¿comprenden? *(Mira al VICESCRETARIO, que ni parpadea, y continúa más pausada.)* El hecho de que el espacio y el tiempo estén tan estrechamente relacionados implica que las partículas subatómicas sean modelos dinámicos, ¿se dan cuenta? ¡Que son acontecimientos, más que objetos! Así que la naturaleza del espacio-tiempo y las propiedades últimas de la materia permiten suponer, como hace la física cuántica en sus más atrevidas hipótesis, que la realidad es un sistema de virtualidades actualizado indefinidamente por fuerzas electromagnéticas y gravitatorias, las cuales establecen patrones vibratorios u ondulatorios que detectamos como partículas en permanente interacción. *(Se interrumpe. Al VICESCRETARIO.)* Supongo, señor Presidente, que el público tiene la base científica suficiente para seguirme en estos conceptos elementales...

Vicesecretario - Bueno, verá usted... Base, lo que se dice base... La última conferencia científica que se dio en el Club, hace unos dos años, la dio el Decano de la Hermandad de Donantes de Sangre, Organos y Miembros.

Doctora - ¿Y cuál era el tema?

Vicesecretario - Creo recordar que trataba de las piedras de riñón, de las arenillas y todo eso... No sé si será base científica suficiente.

Doctora - Me temo que no. Está bien, no importa... Empezaré con un ejemplo muy ilustrativo. Cojamos una mosca...

(El VICESCRETARIO da un rápido manotazo al aire y le ofrece a la DOCTORA el puño cerrado.)

Vicesecretario - Aquí tiene.

Doctora - *(Perpleja.)* Tengo, ¿qué?

Vicesecretario - Su mosca. Es hembra: lo noto al tacto. ¿Le sirve? ¿O la prefiere macho? *(Mira al aire a su alrededor.)*

Doctora - *(Atónita.)* ¿Ha cazado usted una mosca... al vuelo?

Vicesecretario - (Ufano.) Sí. Es una habilidad que tengo desde chico. Una vez gané un concurso...

Doctora - (Nerviosa.) Haga el favor de soltarla inmediatamente. No soporto que se haga sufrir a los animales.

Vicesecretario - No es un animal: es un bicho.

Doctora - Razón de más.

Vicesecretario - Pero, entonces... su ejemplo.

Doctora - No se preocupe por mi ejemplo. Pondré otro.

Vicesecretario - Lástima. Porque aquí a las moscas las entendemos muy bien.

(Mientras prosigue el diálogo, atraviesa la escena por el proscenio un nuevo personaje: el INTRUSO. Es un hombre joven que viste pijama, lleva el pelo revuelto y, en su actitud bostezante y soñolienta, evidencia que acaba de levantarse de dormir. Ni el VICESCRETARIO ni la DOCTORA parecen advertir su presencia. Y viceversa.)

Doctora - ¿Quiere soltarla de una vez?

Vicesecretario - Como usted diga. (Abre la mano y la sacude. Mira la mesa.) Vaya: no quiere volar.

Doctora - (Mirando también la mesa.) Claro... Debe de estar toda estrujada.

Vicesecretario - No creo. Sólo un poco aturdida. (Sopla la mesa.)

Doctora - Traumatizada...

Vicesecretario - Son unos bichos muy resistentes. ¿Sabe qué les hacía, de chico?

Doctora - ¡No me lo cuente!

Vicesecretario - Les arrancaba las alas y...

Doctora - ¡Le digo que no me lo cuente!

Vicesecretario - Bueno, bueno... (Señalando la mesa.) ¿Ve? Ya está dando saltitos. Dentro de poco levantará el vuelo como una golondrina.

(El INTRUSO ha desaparecido ya por el lateral opuesto al de su entrada.)

Doctora - No creo que supere nunca esta experiencia. Hay cosas en la vida que la marcan a una para siempre... (Queda unos segundos como ausente.)

Vicesecretario - Ya... Los traumas juveniles, y demás. No le digo que no. (Mira su reloj.) Pero son las... (Dice la hora real.) Yo, en su lugar, la emprendería ya con la conferencia. La televisión no espera.

Doctora - (Reacciona y comienza a hablar rápidamente.) Les quería decir que los experimentos del profesor Winfree, de la Universidad de Princeton, bombardeando moscas con fotones, han demostrado que la alteración de los relojes biológicos, o sea, de los ritmos circadianos que regulan los ciclos del sueño y la vigilia de los seres vivos, dicha alteración, digo, no sólo produce trastornos bioquímicos, lógicamente derivados del bombardeo de fotones, sino que también sus coordenadas espaciales resultan...

Vicesecretario - (Interrumpiéndola.) ¿Fotones?

Doctora - ¿Cómo?

Vicesecretario - ¿Ha dicho usted fotones?

Doctora - Sí: fotones, fotones... Supongo que saben lo que... Vicesecretario - ¿El profesor ese bombardea moscas con fotones?

Doctora - Sí, claro... Es un experimento para...

Vicesecretario - ¿Y a usted eso le parece cristiano?

Doctora - Bueno... Ya sabemos que la ciencia necesita... Vicesecretario - ¡La ciencia, claro! ¡Todo se justifica en nombre de la ciencia! (Coge la «mosca» de la mesa y se la pone en la palma de la mano.) Ven, bonita, ven... (A la DOCTORA, seco.) Siga usted con su disertación, siga... (Y se queda contemplando y soplando suavemente el hueco de su mano.)

Doctora - (Turbada, tratando de no mirar la mano del VICESCRETARIO.) Bien... pues... les estaba diciendo que... está experimentalmente demostrado... o sea que las nociones de espacio y de tiempo... o de tiempo y de espacio, claro... tal y como Einstein propuso en 1915... con su Teoría de la Relatividad General...

(Entra por donde salió el INTRUSO, pero ahora cubierto sólo con una toalla de baño, el pelo mojado y el pijama en la mano. Ni el VICESECRETARIO ni la DOCTORA le prestan la menor atención, pero el INTRUSO, cuando va a desaparecer por el lateral opuesto, se detiene un momento, mira hacia la mesa, se frota los ojos, se limpia una oreja con el dedo y, encogiéndose de hombros, sale. La DOCTORA ha continuado, titubeante, con su explicación.)

en tanto que continuo cuatridimensional... o sea que este continuo no es plano... sino que es curvo... que está curvado... o deformado... por la distribución actual... de masa y energía... Por lo tanto, las moscas... ¡No! Nada de moscas... Los planetas... sí, los planetas, en su recorrido orbital... parecen moverse a lo largo de trayectorias curvilíneas... en nuestro espacio tridimensional... cuando lo que ocurre... lo que ocurre realmente es que los cuerpos siguen siempre líneas rectas... en el espacio-tiempo cuatridimensional... que también se ve afectado por la relación existente entre la energía de la luz... y su frecuencia... *(Va perdiendo velocidad.)*... es decir, el número de ondas de luz por segundo... de modo que cuando la luz... la luz... *(Se frota los ojos.)*... viaja hacia arriba... en el campo gravitatorio terrestre... pierde energía... la pierde... la pierde... *(Parece que va desfalleciendo.)*... y por lo tanto, su frecuencia... disminuye... Esto quiere decir que el tiempo no transcurre... no transcurre igual arriba que abajo...

(El VICESECRETARIO ha advertido su debilidad.)

Vicesecretario - ¿Se encuentra bien?

Doctora - *(Vacilante.)* ¿Qué?... Sí... No... No sé... Es como si...

Vicesecretario - Debilidad. *(Mete la mano bajo la mesa y saca un huevo. De la solapa de su chaqueta extrae una aguja saquera,*

pincha con ella la cáscara y le ofrece el Chupe.

Doctora - ¿Que chupe qué?

Vicesecretario - El huevo. Que lo chupe así. *(Es el mejor reconstituyente natural.*

Doctora - ¿Crudo?

Vicesecretario - Crudo, sí. Con todas sus proteínas... Y si se come la cáscara, ad los polluelos.

Doctora - *(Casi desfalleciente.)* ¿Los polluelos aquí?

Vicesecretario - No, huevos no. Cáscaras. I dita, ¿comprende? Por la cal. Así crece. Por eso tenemos luego unos pollos gordos hermosos y fértiles... que ponen huevos como éste. ¿Lo quiere o no lo quiere?

Doctora - No, gracias... Lo que quisiera es *mira al público y, acercándose al VICESECRETARIO, murmura algo al oído.)*

Vicesecretario - *(Tras una pausa, impávido.)* Lo que ocurre es que... no resulta fácil decirle poco le garantizo sus condiciones higiénicas en estas circunstancias.

Doctora - *(Cada vez peor.)* No... no me importa.

Vicesecretario - *(Deja el huevo sobre la mesa.)* Usted quiera... *(Al público, mientras saca el huevo.)* Señoras y señores: perdonen esta breve intervención.

(Y comienza a dibujar algo en el papel. Se oye en voz baja a la DOCTORA una serie de gestos indicativos que parecen un proyecto más bien laberíntico. El INTRUSO a gatas, en camiseta, se levanta y se mira el suelo. Se evita la vista. Da un par de vueltas y sale. El VICESECRETARIO se levanta y le da el papel.)

Doctora - Muchas gracias... *(Se pone en pie, no sin dificultad. Al público.)* Les ruego me disculpen unos minutos... Se trata de... una leve indisposición... Sin duda, el viaje... la confusión de local... los nervios... *(Se dirige hacia el lateral con el papel.)*

Vicesecretario - *(Mira su reloj.)* No se disculpe, señorita. Aprovecharemos la pausa para la publicidad. Es la hora. *(Saca un nuevo papel.)*

Doctora - *(Aturdida, a punto de salir.)* ¿Qué... qué publicidad?

Vicesecretario - Usted no se preocupe. Son pequeños condicionamientos derivados de la situación financiera del Club. Vaya, vaya... Y recuerde lo de los peldaños... y la viga del techo...

Doctora - *(Sale vacilante, mirando el papel.)* Sí, los peldaños rotos... la viga...

Vicesecretario - ¡Y ojo con el perro! ¡Ni le hable! *(Se vuelve al público.)* Con permiso. *(Coge el huevo y lo chupa con moderada fruición. Por la DOCTORA.)* No sabe lo que se pierde. *(Arroja la cáscara hacia un lateral y toma de nuevo el papel.)* Bien: vamos a lo nuestro. *(Lee, cambiando ligeramente la voz.)*

«Elegancia y seguridad,
en Prendas La Trinidad.
Fajas, sostenes, bragueros,
zapatillas y ligueros.»

(Golpea un vaso con el lápiz, produciendo una leve campanada.)

«¡Señora, señora! ¿Le preocupan esas feas varices? Con Pomada La Tortuga, sus piernas serán felices.»
(Nueva campanada.)

«Hijos de don Emiliano Burrull: almacen de granos y forrajes.»
(Campanada.)

«Bodas, bautizos, comuniones, banquetes en general: Casa Moñino, la Catedral del Refrigerio. Próxima inaugu-

ración. Especialidad en platos típicos de la región, por ejemplo: piltrafillas al mojuelo y morro encebollado. Plaza del Comandante Mutilado Hipólito Valladares, cinco. Junto al Horno del Chepa.»

(Campanada.)

«Todo en sanitarios: sobrinos y nietos de don Emiliano Burrull. Azulejos de importación.»

(Campanada.)

«Doña Ramona Castellote, viuda de Arsenio Candelas. Relax. Nuevas dependientas diplomadas. Masaje peruano. Grandes descuentos a grupos y familias.»

(Campanada.)

«No lo dude más: don Emiliano Burrull, notario y callista.»

(Se escuchan ladridos lejanos. El VICESECRETARIO interrumpe su gesto de golpear el vaso, mira al público sacude la cabeza con conmisericordia y, cuando va a reanudar la lectura, aparece de nuevo el INTRUSO. Va todavía en camisa y calzoncillos y lleva en la mano la cáscara de huevo, que observa con perplejidad. El VICESECRETARIO le ve.)

Intruso - *(Dirigiéndose a alguien que, supuestamente, está entre bastidores.)* Oye: ¿Tú te comiste anoche un huevo? *(Pausa.)* Iturralde, ¿me oyes? Digo si anoche te comiste un huevo... *(Pausa. Mira hacia el lateral.)* Anda, Iturralde: despiértate ya. Son casi las once y hace un día precioso. *(El VICESECRETARIO mira su reloj.)* No, cariño: ahora no. Tenemos muchas cosas que ver. Y yo ya estoy a medio vestir... *(Mira el suelo a su alrededor.)*... aunque se me ha perdido un botón de la camisa. A cambio, he encontrado esto. *(Muestra la cáscara de huevo.)* Ah, no sé... ¿Seguro que no te lo comiste tú? *(Picarón.)* Anoche estabas tan... voraz... *(Pausa.)* Pues vaya porquería de hotel: con cáscaras de huevo por el

suelo... *(Va hacia el lateral opuesto.)* ¿Te preparo la ducha? *(Sale.)*

Vicesecretario - *(Señalando con el dedo hacia el lateral por donde salió el INTRUSO, al público.)* ¿Se dan ustedes cuenta? Encima de no asistir a los actos culturales y científicos del Club, los boicotean con ridículas pantomimas. Porque yo, queridos socios, no quiero pecar de tendencioso, pero... *(Se escuchan ladridos lejanos. Transición.)* Vaya... Pobre mujer... *(Vuelve al tono recriminatorio.)* Pero, decía, esta broma de mal gusto... *(Señala hacia el lateral.)*... esta payasada inoportuna lleva el sello indiscutible del señor Secretario. No es la primera vez, y ustedes lo saben muy bien, que contrata actores mercenarios con la intención de convertir esta venerable institución cultural en una vulgar peña recreativa. *(Se modera.)* En fin... No quisiera que se interpretara mi sana crítica constructiva como una descalificación de los resultados electorales. Pero les sugiero que mediten sobre las promesas formuladas durante la campaña. Tres candidaturas, recuerden, y tres lemas. A saber, uno: «Cambiar por cambiar»... dos: «No nos menearán»... tres: «Con Europa, más pomelos»... Y yo me pregunto y les pregunto: ¿ha cumplido la opción ganadora con las promesas de su campaña electoral? *(Transición.)* Un minuto de reflexión. *(Y golpea el vaso con el lápiz, al tiempo que mira su reloj.)*

(Entra el INTRUSO y cruza la escena rápidamente.)

Intruso - ¡Ya está bien, Iturralde! Si no te levantas por las buenas, te sacaré yo a rastras de la cama...

Vicesecretario - *(Irguiéndose, airado.)* ¡Ya basta, señor mío! ¡Déjenos reflexionar! *(Pero el INTRUSO ha salido, sin dar muestras de haberle escuchado. El VICESECRETARIO reprime su indignación y se sienta.)* Lamentable... *(Vuelve a mirar su reloj.)*

(Entra en este momento la DOCTORA con la falda hecha jirones y actitud extraviada. Cruza la escena en trayecto zigzagante, sin que el VICESECRETARIO parezca advertir su presencia.)

Doctora - Está anocheciendo... If I don't find a way... *(Mira a su alrededor y se quita las gafas.)* ¿No pasé antes por aquí? *(Angustiada.)* Perhaps I'm just walking in circles... dando vueltas, atrapada en este matorral... *(Se mira y toca la falda desgarrada.)*... It is destroying my skirt... Es preciso que encuentre un camino... before it gets dark... Because it will get dark soon, yes... a way... *(Sale por el lateral opuesto.)*

Vicesecretario - *(Haciendo sonar el vaso y mirando su reloj.)* Bien. Un minuto. Podríamos iniciar un debate sobre el fruto de sus reflexiones, pero son las... *(Dice la hora real.)* y la Doctora Greñuela no da señales de vida. Quizás sería aconsejable que fuera yo a buscarla, ¿no les parece? *(Saca un papel del bolsillo.)* No figura exactamente entre los cometidos del Vicesecretario Segundo... *(Lo hojea.)*... pero una lectura flexible de los Estatutos... podría permitirnos contemplar esta circunstancia... Aquí está: en el Subartículo séptimo del Apartado tercero del Capítulo veintidós... *(Lee.)* «De los extravíos y/o sustracciones de sombreros, gorros y boinas de los señores socios»... Ya digo: una lectura muy flexible... *(Se pone en pie.)* Bien, es una lástima que tengamos que interrumpir la conferencia, precisamente cuando ya empezábamos a entrar en materia. Pero quizás no esté de más esta pausa para acabar de digerir algún que otro puntillo oscuro que nos puede haber quedado. ¿Me equivoco? *(Coge la cesta de debajo de la mesa y se la pone al brazo.)* Yo estoy por hacer las cosas sin prisas, pero con pausas... Por ejemplo: lo de entrar en Europa. No tengo nada contra Europa, al contrario. Me parece muy bien que nos metan en Europa, incluso que nos tachen de europeos, ¿por qué no? Yo mismo, sin ir más lejos, cuando estuve en Andorra... Pero esto no viene al caso. Lo que quería decir es: ¿Europeos? ¡Sí, señores! Y yo el primero...

Pero dentro de un orden. O sea, ordenadamente, sin empujones, a su debido tiempo. Porque, como muy bien nos estaba explicando la doctora Greñuela, el tiempo no corre lo mismo aquí que allá, arriba que abajo, a la derecha que a la izquierda. Hay un tiempo para cada cosa y una cosa para cada tiempo. Y especialmente cuando lo bombardean a uno con fotones, como a esas pobres moscas de... de por allá. Pero, en fin, sin llegar a tales extremos, también aquí sabemos de experimentos científicos, como uno que me enseñó mi abuelo, que en paz descansa, relacionado, en cierto modo, con todo eso de la masa y de la energía que hace un momento nos explicaba la doctora... *(Ha salido de detrás de la mesa y se coloca en el centro del escenario.)* Es un experimento de física recreativa, muy oportuno, pues, para amenizar esta conferencia... *(Ladridos lejanos. Deja la cesta en el suelo y mira su reloj.)* No se preocupen: es un minuto. Y en seguida corro a buscar a nuestra invitada... *(Coge un huevo y lo muestra al público.)* Aquí tenemos un huevo de gallina vulgar y corriente... aunque de primera calidad. Crudo, por más señas. Pues bien: modificando termostáticamente su epitelio calcáreo... o sea, su cáscara... voy a transformar su consistencia material, que es dura por fuera y blanda por dentro, en íntegramente elástica. Sí, queridos socios y socias: este experimento, que mi abuelo llamaba «El huevo saltarín», que en paz descansa... mi abuelo, quiero decir... demuestra, por una parte, que la materia ni se crea ni se destruye, sólo se transtorna, y por otra, que nuestros huevos, si se lo proponen, tienen un gran porvenir en Europa. *(Por dentro de la chaqueta, se coloca el huevo bajo el sobaco izquierdo.)* En primer lugar, sometemos el huevo a un proceso termostático para modificar su temperatura... Mientras se calienta, aprovecho la ocasión para saludar y felicitar a doña Isolda Pachón, aquí presente... *(Señala a una espectadora.)*... recientemente nombrada Reina de los Juegos Florales del Ateneo Porcino... y a sus dos encantadoras Damas de Honor, que la acompañan: las señoritas Ana Esmeralda Mollete y Geor-

gina Chaparro, respectivamente... *(Puede iniciar y solicitar un aplauso para ellas... procurando no aplastar el huevo. Lo extrae de su sobaco y lo muestra.)* Bien, ya está calentito... A continuación, le aplicamos un proceso vibratorio... *(Saca un peine y, poniéndolo en contacto con el huevo, pasa varias veces una uña por las púas.)* Ajá... Noto perfectamente el efecto ondulatorio producido por las vibraciones en los átomos del huevo... Ya está. *(Se peina y guarda el peine.)* Y por último, la acción centrifugadora ejercida sobre las moléculas... *(Hace girar en aspa velozmente el brazo.)* Y ya tenemos a este huevo de gallina vulgar y corriente... *(Lo muestra.)*... aunque de primera calidad... convertido en... ¡el huevo saltarín! *(Lo lanza al aire, hacia arriba, siguiéndolo con la vista. Al caer al suelo, naturalmente, el huevo se estrella. El VICESECRETARIO lo contempla unos instantes, perplejo. Pero no tarda en recuperar su aplomo.)* Vaya... sin duda he olvidado alguno de los requisitos que me explicó mi abuelo, que en paz descansa. Espero recordarlo en otra ocasión porque, de no ser así, qué pérdida para el legado científico de nuestra ciudad... *(Mira su reloj y coge la cesta.)* Bien, señoras y señores: diez minutos de pausa mientras encuentro a la doctora Greñuela, de Pennsylvania. *(Y sale dignamente.)*

(Al instante aparecen, cada uno por un lateral, la DOCTORA y el INTRUSO, tal como se les vio en su última salida: ella con la falda desgarrada y él en camisa, poniéndose los calzoncillos y con los pantalones sobre un hombro. Mientras hablan, atraviesan la escena en sentidos opuestos, cruzándose, pero sin reparar el uno en el otro.)

Doctora - *(Llamando a alguien lejano.)* ¡Doctor Forrester! ¡Doctor Forrester! Where are you?
Intruso - *(Jadeando, habla hacia el lateral del que huye.)* ¡Eres una fiera, Iturralde! Vas a acabar conmigo en tres días...

ACTO SEGUNDO

(Mesa preparada para una conferencia. Una jarra y dos vasos. Un florero con rosas. Precipitadamente y con la respiración agitada entra la doctora DOROTHY GREÑUELA, con el mismo aspecto de su primera entrada. Su falda está intacta. Se coloca en su puesto, tras la mesa, y abre su carpeta mientras sonríe al público con cierta incomodidad.)

Doctora - Muy buenas noches, distinguido público... Me temo que estoy en la obligación de presentarme yo misma... y de iniciar sin preámbulos la conferencia... Ya que el señor Vicepresidente... *(Indica el lateral por donde entró)*... que ha tenido la amabilidad de pasar a recogerme por el Hotel... a pesar de su avanzada edad... ha insistido en que viniéramos andando... y parece ser que, por el momento, no se encuentra en condiciones de hacer mi presentación... *(Mira hacia el lateral.)* Es una suerte que su Club disponga de balón de oxígeno, cosa no muy frecuente en esta clase de instituciones... *(Se pone las gafas.)* Pues bien, como les decía, señoras y señores... *(Fuerza la vista hacia la sala.)*... aunque debo confesar que... *(Se hace visera con la mano.)*... al menos en las primeras filas... sólo veo señoras... cosa que

me complace mucho, ya que demuestra que, también en nuestra región, la mujer se incorpora inconteniblemente a la cultura y al progreso... Porque, como ustedes saben muy bien, no hace tantos años que el llamado... bello sexo... representaba en esta ciudad, tengamos el valor de aceptarlo, el bastión de la ignorancia, el atraso y la superstición... Y no es ajeno a esta circunstancia el hecho de que, quien ahora les habla, o sea una servidora, decidiera partir hacia otros horizontes para buscar en la ciencia una... un camino más acorde con el papel que corresponde a la mujer en el mundo moderno... Me complace mucho, sí, verlas a todas ustedes ahí, tan atentas... De modo que haré yo misma mi presentación y daré comienzo, sin otras formalidades, a mi conferencia... Pero antes, si me lo permiten... *(Toma la jarra y se sirve en un vaso. Sonríe.)* Les confieso que la... el paseo, llamémosle así... con el señor Vicepresidente me ha dejado... *(Bebe. Se sorprende ligeramente y vuelve a beber, esta vez paladeando.)* Vaya, qué agua tan... sabrosa... *(Bebe de nuevo y vuelve a servirse.)* Debo decir que este sabor es para mí como... como la famosa ensaimada de Proust... ¿O era de Baudelaire?... Bueno, no importa... *(Bebe de nuevo.)* Me refiero, como ustedes saben, a aquel famoso poeta francés que, al comerse un bollo en casa de su tía, se puso a recordar toda su niñez... También yo me remonto, degustando este agua tan... tan recia... *(Bebe.)*... a los dorados días de mi infancia, como suele decirse... Y con este giro poético, que ustedes sabrán perdonar en una científica, me introduzco de refilón, valga la expresión, en el tema de mi exposición y, de pasada, en mi presentación... *(Ríe tontamente.)* ¡Vaya, cuántos «on»! *(Seria.)* Porque, señoras mías, las paradojas del espacio-tiempo, que han constituido el tema de mis investigaciones en el Departamento de Física Teórica de la Universidad de Pittsburgh, bajo la atenta dirección del profesor Hans Peter Forrester... tales paradojas, digo, no se refieren únicamente al tiempo y al espacio físicos, objetivos, sino también al espacio y al tiempo subjetivos, psicológicos...

(Mientras habla, cruza la escena por el proscenio el INTRUSO, vestido correctamente, quizás de modo algo anticuado. Estudia perplejo lo que parece ser un plano desplegado.)

... de los que dependen nuestras percepciones, nuestras sensaciones de duración y de extensión, del «antes» y «ahora», y «después»... así como del «aquí» y «allá» y «acullá»... ¿Me siguen?... De modo que yo, por ejemplo, estoy ahora aquí, ¿verdad?... Pues bien... *(Se sirve.)*... al beber este agua... *(Bebe.)*... me transporto, como quien dice, al pasado, a aquel tiempo en que, siendo una niña, correteaba en bragas por las calles de esta ciudad apedreando perros... *(Se interrumpe, desconcertada.)* No. Quiero decir... *(Trata de controlar su locuacidad y aparta la jarra y el vaso.)* Pero será mejor que nos centremos... *(Saca unas hojas de la carpeta.)* Sinceramente, creo más oportuno pasar por alto mi presentación... cosa que correspondería al señor Vicepresidente... *(Mira hacia el lateral.)*... a quien, por cierto, veo ya totalmente repuesto... y con un papel en la mano... Supongo, pues, que se dispone a... *(Sonríe forzada.)*... a acudir en mi ayuda... *(Espera y mira con más atención hacia el lateral.)* Pero, no... Parece que no se decide... Dobla y desdobra el papel de un modo... En fin... Debe de estar todavía algo alterado... Y no me extraña, después de la galopada que... *(Cambia de tono, como procurando que no la escuchen desde el lateral.)* Ahora bien: ustedes me perdonarán si me tomo la libertad de opinar sobre un asunto que, al fin y al cabo, no me concierne... *(Vigila el lateral.)* Pero, bueno... en tanto que hija de esta ciudad... *(Sonríe.)*... aunque habría que decir «hija pródiga», ya que me fui de aquí hace ya... algunos años, como ustedes saben... En una palabra: me considero con el derecho... y en cierto modo con el deber... de decirles a ustedes que el señor Vicepresidente de este Club... *(Vigila el lateral.)*... a quien he tenido ocasión de conocer... digamos que sobre la marcha... y nunca mejor dicho... además de su avanzada edad, quizás excesiva para

las responsabilidades de su cargo... se comporta de un modo, de un modo... ¿Cómo les diría?...

(Del lateral en cuestión sale volando un avioncito de papel, que revolotea por escena antes de caer. La DOCTORA enmudece. Mira hacia el lateral, mira hacia el público y, sujetando con fuerza los papeles que sacó de su carpeta, lee muy seria.)

«Las paradojas del espacio-tiempo. (Pausa. Toma aliento.) Desde los remotos albores de la Humanidad hasta tiempos muy recientes, se había pensado que el espacio y el tiempo tenían una existencia propia, fundamental y absoluta, independiente de la materia y de la energía. Así los concibieron filósofos y científicos, desde Aristóteles hasta Newton, y así lo experimentaron los seres humanos hasta nuestro días. Para todos ellos, y estoy segura de que también para todas ustedes, el tiempo se manifiesta como un flujo irreversible que avanza desde el pasado hacia el futuro, o al revés, desde el futuro hacia el pasado, con breve parada en el presente. Y el espacio, como un recipiente infinito, sin límites, dotado de tres dimensiones que constituyen un marco de referencia fijo e inamovible.

(Algo parece estar ocurriendo en la sala, que obliga a la DOCTORA a interrumpir su lectura, quitarse las gafas, volvérselas a poner, mirando extrañada hacia allí, como en busca del origen de la perturbación. Luego continúa leyendo.)

Un marco de referencia, decía, fijo e inamovible... Pero a partir de Einstein, aunque sin olvidar las intuiciones y deducciones de Leibnitz y Poincaré, así como las investigaciones de Lorentz sobre la velocidad de la luz como constante universal...»

(La perturbación parece ir en aumento, porque la DOCTORA otea cada vez con más inquietud la sala y empieza a perder concentración.)

... constante universal, sí... y asimismo los descubrimientos de Maxwell sobre el carácter ondulatorio... los descubrimientos ondulatorios sobre el carácter de Maxwell... las ondulaciones de Maxwell sobre el carácter de los descubrimientos...

(Mira inquieta al público y a su alrededor.)

Pero... ¿qué es lo que ocurre?... No comprendo esos... ese... ¿Quién está silbando?... ¿Hay alguien que no esté de acuerdo con mi... con mi enfoque del tema? Si es así, no tengo inconveniente en... en mantener un debate al final de mi exposición... Pero es innegable... eso hoy ya nadie lo discute... que, a partir de la Teoría de la Relatividad... ya no es posible concebir el espacio y el tiempo como... como un marco de referencia absoluto, porque... ¡Señoras, por favor! ¿Qué significa este alboroto? Una cosa es la discrepancia científica, y otra... *(Asustada e irritada, hacia el lateral.)* ¡Señor Vicepresidente! ¡Le agradecería que dejara de... de jugar con papelitos... y saliera aquí... a poner un poco de orden en la sala! *(Se pone en pie.)* ¡Esto es... intolerable! ¡No estoy dispuesta a soportar una conducta tan... tan... irrespetuosa! *(Recoge furiosa los papeles y los guarda en su carpeta.)* He sido invitada a dar una conferencia científica, y no a... a... enfrentarme con una asamblea de... ¡de verduleras!

(Se dirige, airada, hacia un lateral, y al salir se cruza con el INTRUSO, sin verle. El, en cambio, todavía estudiando el plano, sí que la ve, ya que la interpela, sin éxito.)

Intruso - Por favor, señorita... ¿Podría indicarme cómo puedo... salir del hotel? *(Para sí.)* ¡Vaya educación!... Claro que, a lo

mejor, es checa... *(A otro invisible interlocutor que se encuentra, supuestamente, en el mismo lateral.)* Buenos días, caballero... *(Con pésimo acento.)* Parle vous français?... ¿No? Pues qué lástima, porque yo de checoslovaco... ¡Ah! ¿Habla español? ¡Qué suerte! Pues mire: a ver si me puede explicar cómo se hace para salir del hotel, porque, a pesar de este plano que me dieron anoche, al llegar, hace... *(Mira su reloj.)*... unas cuatro horas que salí de mi habitación y... ¿Me escucha usted?... Digo que salí de mi habitación hace cuatro... *(Se interrumpe.)* ¿Qué le pasa con ese papel, si puede saberse?... ¿Es un plano? No me diga que también usted se ha perdido...

(Un avioncito de papel sale volando del lateral y casi le da en la cara al INTRUSO.)

(Sobresaltado.) ¡Pero, hombre...! ¿Qué hace usted? ¿No le da vergüenza, a su edad? *(Se siente atraído por el avioncito y va a buscarlo, rezongando.)* Parece mentira, cómo está la ancianidad de hoy en día... *(Coge el avión y lo inspecciona.)* Aunque... hay que reconocer que... *(Admirativo.)* Sí, señor: es un modelo perfecto... una verdadera obra de arte... *(Lo mueve en el aire, como haciéndolo volar.)* ¡Qué diseño! *(Por fin lo lanza hacia el lateral opuesto.)* ¡Ahí va!

(Se escucha un grito y aparece el VICESECRETARIO tapándose un ojo con una mano y llevando en la otra el avioncito.)

Vicesecretario - *(Furioso, al INTRUSO.)* ¡Es la última payasada que pienso consentirle! ¡Y si me ha dejado tuerto, usted correrá con los gastos!

Intruso - *(Maravillado, sin reparar en el VICESECRETARIO.)* ¡Fantástico! ¡Qué velocidad de crucero! Ni que se lo hubiera tragado el espacio... *(Y sale por el lateral hacia el que lanzó el avión.)*

Vicesecretario - *(Amenazante.)* ¡Los gastos, sí! ¡Dígaselo a su patrón, el señor Secretario! ¡Y que ni sueñe con recurrir, como de costumbre, a la turbia complicidad de nuestro Tesorero, porque a ése... en mi humilde condición de Vicesecretario Segundo... a ése lo tengo bien, pero que muy bien controlado! ¡Como mandan los Estatutos! *(Se calma de golpe, se mira la mano con que se cubría el ojo y, frotándose los dedos, habla al público con gravedad.)* Queridos socios y socias: no quiero pecar de alarmista, pero en nuestro Club, en esta venerable institución que nos legaron nuestros mayores y que pensábamos legar a nuestros menores... están ocurriendo cosas francamente graves. Ya sé que los tiempos cambian, como algunos afirman, que nada permanece en su ser y que todo caduca, se marchita y degenera... *(Señala a alguien del público.)* No hay más que ver a doña Isolda Pachón, aquí presente... Pero hay cosas, señoras y señores, hay cosas que son... o deberían ser... inamovibles, permanentes, eternas. Por ejemplo: los huevos. *(Con ira acusadora.)* ¿Dónde están los huevos de antaño?... Quiero decir los de antes, los que saqué de aquí hace un momento... *(Rápido, hacia el fondo de la sala.)* ¿Adónde va usted, don Ramiro? Con el debido respeto, me atrevo a sugerir que nadie abandone la sala, por ahora...

Nada más lejos de mi intención que arrojar la más mínima sombra de sospecha sobre la hoja de servicios de un oficial tan ilustre... Fundador, además, de la Agrupación Patriótica de Militares Nudistas, ahí es nada... Pero, compréndanlo ustedes, y también usted, don Ramiro, que, cuando el buen nombre de nuestro Club está en juego, todas las precauciones son pocas. *(Mira su reloj.)* Son las... *(Dice la hora real.)* Si dentro de cinco minutos no aparece la cesta, me veré obligado a proponer la disolución de la Junta Directiva y la convocatoria de nuevas elecciones... *(Extendiendo las manos hacia el público.)* Calma, calma... Que no cunda el pánico... *(Hacia el fondo de la sala.)* ¡Ahí le quiero ver, don Ramiro! Dando ejemplo de entereza y tutelando los desmanes de la población civil... Porque mi

propuesta, señoras y señores, está contemplada en los Estatutos... *(Saca un papel del bolsillo.)* Artículo sesenta y tres, si no me equivoco...

(Cuando se dispone a hojearlo, entra la DOCTORA con la cesta de huevos. Tiene la falda desgarrada, como al final del Primer Acto, el pelo revuelto y, en general, un aire vagamente extraviado. El VICESECRETARIO la ve, guarda el papel y va hacia ella con los brazos tendidos.)

¡Loado sea Dios! ¡Aquí está!

(Le arrebató la cesta sin brusquedad, pero con decisión, y mira su interior. Saca de allí la carpeta de la DOCTORA y se la ofrece.)

¿Es suyo esto?

(La DOCTORA la coge con torpeza y se le caen las hojas al suelo. El VICESECRETARIO, sin hacerle caso, se aleja de ella contando los huevos. La DOCTORA, como aturdida, se pone a cuatro patas y va recogiendo las hojas y tratando de ordenarlas. Dado el estado de su falda, ofrece al público, sin darse cuenta, imágenes poco decorosas. El VICESECRETARIO se dirige, sonriente, al público.)

Treinta y cuatro más dos, treinta y seis. Las tres docenas justas... Me llena de satisfacción comprobar que, al menos en nuestro Club, las cosas no cambian tanto como algunos quisieran... Y que ustedes, queridos socios, voten lo que voten, son lo que son y están donde están. Como debe ser. *(Por los huevos.)* Vamos a ponerlos a buen recaudo.

(Y sale muy decidido con la cesta al brazo. La DOCTORA, aún por el suelo y algo ausente, parece concentrada en una de las hojas, que lee confundidamente.)

Doctora - ... «a partir del descubrimiento de Max Plank... como paquetes de energía... que Einstein denominó cuánta... la física cuántica sostiene que dichos bloques ni siquiera presentan las propiedades de los demás objetos...» *(Lee otra página.)* «Son solamente manifestaciones de la combadura del espacio... La física es geometría y desde...» *(Lee otra página.)* «Como pasillos que...» *(Deja de leer. Murmura.)* Pasillos... *(Mira a su alrededor, inquieta. Lee.)* «Pasillos que atraviesan el tejido del espacio-tiempo y que pueden conectar...» *(Deja de leer, mira a su alrededor, murmura.)* Conectar, sí, dos regiones diferentes del espacio... *(Mete los papeles en la carpeta y gatea, medrosa, sin rumbo fijo.)*... o dos momentos distintos del tiempo... Pasillos que atraviesan la espuma cuántica... *(Se incorpora asustada y grita.)* ¡Hans! Help me, please! Where are you, Hans? I fell through a passage of...! *(Se interrumpe, dominando su miedo.)* Calma, Dorotea. No pierdas la cabeza. Por lo menos, eso: la cabeza, en su sitio. *(Se toca la cabeza.)* Mente y materia... Campos de fuerza... Potencial cuántico... Interconexión sin interacción... Jaquecas por la Cuaresma... y por la sopa de ajo... El gato de Schrödinger... Bifurcaciones... *(Desaparece gateando por detrás de la mesa. Se escucha su voz.)* ¿Y ahora? ¿Dónde estás ahora, Dorotea? ¿Y cuándo? ¿Por cuál de los pasillos te has metido?... *(Reaparece gateando, ahora sin la carpeta.)* Estaba oscureciendo... Buscabas la salida del barranco... y te encontraste en medio... del matorral... *(Inspecciona su falda destrozada.)* La falda nueva, pobre... *(Súbitamente extrañada.)* ¿Un perro? ¿Dónde? ¿Cuándo? Tranquila, Dorotea... No hay ningún perro aquí, ni lobos, ni chacales... *(Mira inquieta a su alrededor.)* ¿Cómo iba Hans a dejarte sola en medio del monte... si hubiera el menor rastro de animales salvajes? No, Dorotea, no... *(Cada vez más inquieta.)* Hans es un caballero...

Muy estricto en lo suyo, desde luego... pero un caballero... Riguroso para el trabajo, claro, pero muy humano... bastante humano, a su manera... Y si a veces parece duro y hasta un poquito... sádico en los experimentos con personas... es por rigor científico... La ciencia siempre exige sacrificios humanos... *(Asustada.)* ¡No! ¡Humanos, no! Quiero decir sólo sacrificios... La ciencia siempre exige sacrificios... Pero Hans es todo un caballero... De Harvard, además... Suerte tuviste de que se fijara en ti, Dorotea... No hay nada como un buen escote...

(Se interrumpe al ver entrar al INTRUSO caminando hacia atrás, y lanza un grito de terror. El INTRUSO, sin reparar en ella, se detiene de golpe y, mirando hacia el lateral por donde ha entrado, exclama.)

Intruso - *(Maravillado.)* ¡Fantástico! ¡Qué velocidad de crucero! Ni que se lo hubiera tragado el espacio... *(Y sale por el mismo lateral.)*

(Antes de que la DOCTORA se haya recuperado del susto, vuelve a entrar caminando de espaldas, se detiene de golpe y exclama, maravillado, mirando hacia el lateral por donde ha entrado.)

Intruso - ¡Fantástico! ¡Qué velocidad de crucero! Ni que se lo hubiera tragado el espacio...

(Vuelve a salir, para entrar al momento caminando de espaldas. Se detiene y, cuando va a repetir la exclamación, le ataja la DOCTORA, en parte repuesta de su alteración.)

Doctora - ¡Alto! ¡Salga del surco, rápido!

(El INTRUSO la mira sorprendido, y antes de que pueda reaccionar la DOCTORA se lanza sobre él, le coge de la mano y salta hacia atrás con un fuerte tirón. Ambos pierden el equilibrio y caen al suelo.)

Intruso - *(Tras unos segundos de estupor.)* No recuerdo cuando hemos sido presentados...

Doctora - *(Señalándole.)* Un experimento del profesor Forrester, ¿verdad?

Intruso - *(Mirando a su alrededor.)* ¿Un experimento? ¿Dónde?

Doctora - Usted. Está haciendo un experimento...

Intruso - Qué va... Sólo estoy haciendo turismo. Con tarifa promocional, sí, pero turismo.

Doctora - ¿Turismo, por aquí?

Intruso - Bueno... esa era mi intención. Pero la verdad es que llevo varias horas perdido... *(Mira a su alrededor.)* por estos pasillos.

Doctora - ¿Usted también?

Intruso - *(Reconociéndola.)* ¡Espere! ¡Ahora la recuerdo! Usted es la checa de antes. *(Admirado.)* Pero qué rápida es para los idiomas...

Doctora - Calma, calma... No pierda la cabeza. En esta situación, son normales los estados alterados de conciencia.

Intruso - No se preocupe. A mí es difícil alterarme nada. Y menos la conciencia.

Doctora - Pero tenga en cuenta que su mente, actuando como un potencial cuántico, determina y es determinada por los campos atómicos que gobiernan la estructura de la materia.

Intruso - Ya me parecía a mí... ¿Y usted conoce Praga? *(Se coge un pie.)*

Doctora - Olvídese de Praga. Piense que la materia y el continuo espacio-temporal vacío y curvo son, en el fondo, la misma cosa.

Intruso - No le digo que no... Pero un paseíto juntos tampoco

estaría mal... Niklasstrase, Alstädter Ring, el Graben, Malá Strana... ¿Qué le parece?

Doctora - Pobre... No es extraño que su conciencia efectúe un salto cuántico discreto e instantáneo en zonas de interferencia de los universos interpenetrantes...

Intruso - ¿Un salto, yo? Qué va... A mí saltar se me da muy mal...

Doctora - ¿Le zumban los oídos?

Intruso - *(Chistoso.)* Sólo cuando sacudo las orejas.

Doctora - Digo ahora: ¿nota algún síntoma... especial? ¿Zumbidos, vibraciones, oscilación lumínica...?

Intruso - Me suenan un poco las tripas, pero es que estoy en ayunas... ¡Oiga! ¿Por qué no buscamos el comedor y desayunamos juntos? *(Busca en sus bolsillos.)* Antes tenía un plano del...

Doctora - Cállese, reaccione, vuelva en sí... *(Y le da una bofetada.)*

Intruso - *(Con irritado asombro.)* ¡Eh! ¿Qué le he hecho yo?

Doctora - Nada, nada... Pero no se excite...

Intruso - *(Se pone en pie, furioso.)* ¿Que no me excite? ¡Claro que no me excito! ¡A mí hoy ya no me excita nadie! Ni usted, por mucho que me quiera provocar con esa falda de... de... ¡de naufraga!

Doctora - *(Poniéndose en pie y tratando de cubrirse las piernas con los jirones de su falda.)* Por favor, no se ponga así... Sólo pretendía... facilitarle las cosas...

Intruso - ¡Mis cosas me las facilito yo solo! *(Busca en sus bolsillos.)* ¿Dónde demonios he puesto...?

(De pronto, ambos quedan unos segundos inmovilizados. Luego recobran el movimiento y la palabra, pero con extraña sincronidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { Y cuando me pegan no respondo de mí...
Doctora - } { El experimento puede ser peligroso...

(Pausa. Breve inmovilidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { No soporto a la gente violenta...
Doctora - } { Se lo digo por propia experiencia...

(Pausa. Breve inmovilidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { ¿Cómo quiere que me ponga?
Doctora - } { Hay que conservar la calma.

(Pausa. Breve inmovilidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { De modo que me...
Doctora - } { Perdone si le...

(Pausa. Breve inmovilidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { Hasta luego.
Doctora - } { ¿Me perdona?

(Pausa. Breve inmovilidad.)

Intruso - } *(Simultáneamente)* { Sí...
Doctora - } { No...

(Quedan inmóviles y en silencio. Transcurrido medio minuto, se escucha una voz estentórea procedente de un lateral.)

Voz del Vicesecretario - ¡Aarón! ¡Haga el favor de meter al perro en la jaula! ¡Son las... *(Dice la hora real.)* y es el turno de las gallinas!

(Se escuchan ladridos lejanos. La DOCTORA y el INTRUSO recobran la movilidad y miran a su alrededor.)

Doctora - Pronto anochecerá...

Intruso - Bueno... Tanto como pronto...

Doctora - En los barrancos anochece antes...

Intruso - Claro, en los barrancos... *(Señala la mesa.)* ¿Qué le parece si nos sentamos ahí mientras llegamos a un acuerdo?

Doctora - ¿A un acuerdo? ¿Sobre qué?

Intruso - No sé. Pero en dos minutos lo descubrimos. *(Le tiende la mano.)* Venga.

(Ella se deja llevar y ambos se sientan en la mesa, de frente al público, con las piernas colgando.)

Doctora - ¿No sería más prudente que tratáramos de... salir de aquí?

Intruso - Eso es muy fácil de decir, pero no tanto de hacer. Yo llevo intentándolo más de cuatro horas... *(Mientras habla, mira distraidamente la superficie de la mesa, junto a él, y procede a quitarse el zapato.)* ¿Usted ha leído a Kafka? En sus obras también pasan cosas muy raras con eso del espacio... por no hablar del tiempo. En «El proceso», por ejemplo... *(Da un golpe en la mesa con el zapato y luego observa la suela.)* las dependencias del tribunal se encuentran...

Doctora - *(Que se ha sobresaltado con el golpe.)* ¿Qué ha sido eso?

Intruso - Nada. Una mosca que correteaba por ahí.

Doctora - ¿Y dónde está?

Intruso - *(Enseñándole la suela del zapato.)* Aquí.

(La DOCTORA da un grito, mezcla de asco y horror, y se echa hacia atrás. El INTRUSO suelta el zapato, que sale volando por un lateral, y se apresura a sujetarla.)

Intruso - ¡Cuidado! No se vaya a caer...

Doctora - ¡Suélteme! ¿Cómo ha podido hacer una cosa así? *(Se desprende violentamente de sus brazos.)*

Intruso - ¿Quiere dejar de contorsionarse? *(Señala posterior de la mesa.)* Hay diez metros de espacio atrás...

Doctora - ¡Es una violación!

Intruso - ¿Una violación? ¿Quién, cómo, cuándo?

Doctora - ¡Una violación de las leyes físicas!

Intruso - *(Empezando a ponerse furioso.)* Pero, ¿qué quería sujetarla para que no se cayera...

Doctora - Me refiero a la mosca.

Intruso - ¿Que yo he violado a la mosca?

Doctora - No. Que ha violado las leyes de la física esa mosca...

Intruso - Bueno, no es para tanto... Las hay a docenas, a miles, a millones...

Doctora - No me entiende... Usted no podía... alterar ni la más mínima porción de la materia...

Intruso - ¿Que yo no tenía que qué?

Doctora - Esa mosca que ha aplastado es una configuración bioenergética que pertenecía a un tema particular...

Intruso - Claro, mirándolo así...

Doctora - ... Era un componente, aunque humilísimo, del continuo espaciotemporal.

Intruso - Va a conseguir que me sienta culpable.

Doctora - Pero usted no está aquí...

Intruso - ¿Cómo dice?

Doctora - Que usted, en realidad, no está aquí... laches...

Intruso - ¿En los Apalaches?

Doctora - En los montes Apalaches, Pennsylvania... No está aquí, realmente, sino en un tejido cuántico. Y lo que me temo es que Forrester ha debido lograr una proyección de...

Intruso - Un momento... El profesor ése, ¿no sería un avioncito?

Doctora - ¿Viejo? No... Está en la flor de la madurez... ¿Y de qué avioncitos habla?

Intruso - Hay un viejo por ahí que es un artista haciendo aviones de papel... (*Mira hacia el lateral.*) Por cierto, ¿adónde habrá ido a parar? Era un modelo magnífico...

Doctora - No hay ningún viejo por aquí. Llevo horas dando vueltas por estas quebradas... sin encontrar a nadie.

Intruso - Barrancos... quebradas... Qué metáforas tan... rupertes.

Doctora - Pues le decía que el profesor Forrester debe de estar haciendo con nosotros un experimento.

Intruso - (*Alarmado.*) ¿Un experimento? No será un experimento genético... (*Se separa de la DOCTORA.*) Porque, lo que es hoy, ya no doy más de mí...

Doctora - Un experimento cuántico. Quiere demostrar que algunas regiones del universo... y también de la conciencia... existen fuera del espacio y del tiempo...

Intruso - ¿Se refiere a los Apa... a los Apaches esos?

Doctora - O, mejor dicho, que el espacio y el tiempo, tal como los conocemos, son una pura proyección mental.

Intruso - Pues qué pena, ¿no?

Doctora - Dígamelo a mí, que me pasa cada cosa...

Intruso - Cuente, cuente...

Doctora - (*Mirando a su alrededor.*) No... No podemos perder más tiempo. Está a punto de anochecer...

Intruso - ¡Qué manía! ¿Por qué va a anochecer a las tres de la tarde? Ni que estuviéramos en Laponia...

Doctora - ¿Las tres de la tarde? (*Mira su reloj.*) Son más de las siete.

Intruso - (*Mira el suyo.*) Lo siento, pero son las tres y nueve minutos. He ido comprobándolo por todo el hotel.

Doctora - Pues mi reloj es de cuarzo y lo he verificado esta mañana, en el Laboratorio...

Intruso - ¿Es usted farmacéutica?

Doctora - ¡Espere! ¿Usted en qué día está?

Intruso - ¿En qué día qué?

Doctora - Sí: ¿qué día es hoy para usted?

Intruso - ¿Hoy? A ver... Diecisiete... No: dieciocho. Eso es: domingo dieciocho de febrero de...

Doctora - ¡Qué le decía yo! (*Angustiada.*) ¡Pobre hombre! ¿De verdad que no se encuentra mal?

Intruso - ¿Ya empezamos? (*En guardia.*) Si vuelve a abofeartarme, no respondo de mí.

Doctora - ¿Se da cuenta? Hoy, en realidad, es diez de mayo. Diez de mayo, ¿comprende? Y no dieciocho de febrero.

Intruso - Eso lo dirá usted. Yo tengo muy claro que ayer, diecisiete de febrero, salíamos de viaje de bodas.

Doctora - ¿Se casó usted ayer?

Intruso - Bueno... Un poco.

Doctora - ¿Cómo que «un poco»? ¿Cuánto, exactamente?

Intruso - Quiero decir que... bueno, usted ya comprende... pues que Iturralde y yo... pues eso... nos juntamos oficialmente, como quien dice, y salimos de viaje para celebrarlo. Y estoy seguro de que era el diecisiete de febrero.

Doctora - Ah, de modo que usted... (*Pausa.*)

Intruso - ¿De modo que qué?

Doctora - Nada, nada... ¿Y adónde fueron de viaje de... de bodas?

Intruso - Pues aquí: a Praga.

Doctora - O sea que cree estar... en Praga.

Intruso - Eso mismo.

Doctora - Y encima, el dieciocho de febrero...

Intruso - En punto.

Doctora - Y a las tres de la tarde.

Intruso - (*Mira su reloj.*) Y doce minutos.

Doctora - Ya... (*Pausa.*) Pues no sé qué decirle, porque yo estoy a las siete y veinte del diez de mayo... y en los montes Apalaches.

Intruso - (*Tras un silencio.*) Qué situación tan... tan escurridiza, ¿verdad?

Doctora - Mucho. Y eso sin hablar del año.

Intruso - ¿De qué año?

Doctora - Del año en que puede estar usted.

Intruso - Ah, claro... O usted.

Doctora - Mejor lo dejamos correr.

Intruso - Eso, sí: dejémoslo correr, el año...

Doctora - *(Poniéndose las gafas e indicando un lugar del escenario.)* Porque, claro... para usted, eso de ahí no serán árboles...

Intruso - ¿Árboles? ¿Dónde?

Doctora - Ahí... Esas coníferas...

Intruso - ¿Se refiere a esos percheros tan horribles?

Doctora - Ya me lo imaginaba... *(Indicando la mesa en que están sentados.)* ¿Y esta roca...?

Intruso - Balaustrada marmoleña estilo imperio austrohúngaro.

Doctora - Claro, claro... ¿Y aquel arroyuelo?

Intruso - Una escupidera pompeyana. De imitación. *(Indicando otro lugar.)* O sea que tampoco usted ve esa tapicería.

Doctora - Yo qué voy a ver...

Intruso - Pues menuda suerte... ¿Y aquel pasillo?

Doctora - Para mí es una vaguada con matojos.

Intruso - Y esa mampara acristalada, ni olerla, claro...

Doctora - Ya me dirá qué ha venido a hacer una mampara en estos andurriales. Acristalada, encima...

Intruso - ¿Y usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí?... Bueno: ahí... a los montes Apalaches.

Doctora - No me lo pregunte, que me pongo a llorar...

Intruso - ¡No, por favor! ¡Llorar, no! *(Se pone en pie sobre la mesa.)*

Doctora - ¿Qué le pasa? ¿Por qué se pone así?

Intruso - No puedo soportar que una mujer me lllore...

Doctora - Pero si no iba a llorar por usted... ¿Qué se ha creído?

Intruso - No importa. Debe de ser algo alérgico. Es notar lágrimas femeninas, y ya está: me entra hipo, me salen granos...

Doctora - Bueno, bueno... Se lo diré sin lágrimas...

Intruso - *(Se sienta.)* Mi madre se pasaba el día llorando, ¿sabe?... Lo mismo que mis hermanas... Y no hablemos de

mis tías... Se ve que la histeria es contagiosa... o hereditaria... O las dos cosas.

Doctora - ¿Y su padre?

Intruso - No: mi padre sólo es un poco paranoico. Ha salido a mí.

Doctora - Digo si su padre también lloraba mucho.

Intruso - ¿Mi padre? ¿Llorar? *(Ríe convulsivamente durante un rato. Luego se calma de golpe y se queda serio. Con voz lúgubre.)* Tuve una infancia muy feliz.

(Hay un silencio. La DOCTORA se aproxima al INTRUSO.)

Doctora - Y dígame... Ahora... ¿es feliz en su... matrimonio?

Intruso - Bueno... matrimonio...

Doctora - O como se llame.

Intruso - Pues, la verdad... aún no he tenido tiempo de pensarlo... *(Saca las gafas y se las pone.)*

Doctora - Esas cosas no se piensan. Se saben, y ya está.

Intruso - *(Mirando a su alrededor, por el suelo.)* Lo que yo no sé es adónde ha ido a parar mi zapato.

Doctora - Yo, por ejemplo, sé que no soy nada feliz.

Intruso - *(Se quita las gafas y las mira.)* Qué desgracia...

Doctora - Tampoco es que sea lo que se dice desgraciada...

Intruso - He vuelto a salir con las gafas de coser.

Doctora - Ni una cosa ni otra...

Intruso - Pues menuda Praga voy a ver con ellas...

Doctora - Y no sé qué es peor...

Intruso - Eso en el caso de que encuentre el zapato... *(Baja de la mesa y mira alrededor.)*

Doctora - Quiero decir: ser algo, desgraciada o feliz... o no ser nada. No sé qué es peor.

Intruso - ¿Por qué tengo que estar siempre perdiendo cosas?

Doctora - Si eres desgraciada, todo el mundo te huye. Ni llorar te dejan...

Intruso - *(A la DOCTORA.)* ¿Le importaría dejarme un momento sus gafas?

Doctora - ¿Mis gafas? ¿Para qué?

Intruso - Para buscar el zapato. Si quiere, le presto las mías...

Doctora - No creo que le sirvan, pero... *(Se las da.)* Sería mucha casualidad.

Intruso - A veces pasa. *(Le da las suyas. Cada uno se prueba las gafas del otro.)* ¿Qué le decía yo? Veo perfectamente.

Doctora - Qué curioso. Yo también. Mejor que con las mías.

Intruso - Y, además, le sientan muy bien. Mejor que a mí.

Doctora - *(Vergonzosa.)* ¿Usted cree?

Intruso - Sí: le dan un aire más... más...

Doctora - Más, ¿qué?

Intruso - Pues, eso: más.

(Se miran en silencio. El INTRUSO va a decirle algo, pero se interrumpe, azorado.)

Doctora - *(Dándose cuenta.)* ¿Qué?... ¿Qué?

Intruso - Nada, nada... *(Desvía la vista y ve el florero. Señalándolo.)* Y esto, para usted, ¿qué es?

Doctora - ¿Eso? Pues un rosal silvestre, me parece.

Intruso - ¿Y el florero también es silvestre?

Doctora - ¿Qué florero?

Intruso - No importa... *(Coge una rosa.)* Ya que, por lo menos, las rosas son rosas para los dos, permítame que... ¡Ay!

Doctora - ¿Qué le pasa?

Intruso - Me mordió... Quiero decir, me pinchó...

Doctora - Claro: como es silvestre...

Intruso - Salvaje, diría yo... *(Se chupa un dedo.)*

Doctora - ¿Le sale sangre? *(Le coge la mano.)* A ver...

Intruso - No es nada...

Doctora - Sí, sangre... *(Con leve morbosidad.)* Qué horror.

Intruso - Bueno, no es para tanto... ¿Sabe lo que hacía yo cuando era pequeño?

Doctora - ¡No me diga que juramentos de sangre!

Intruso - *(Dichoso.)* ¿Usted también? ¿Lo de pincharse dos amigos un dedo cada uno y mezclar las sangres?

Doctora - *(Feliz.)* ¡Eso mismo! Y así quedar unidos para siempre...

Intruso - Qué tontería, ¿no?

Doctora - Imagínese... Como para contagiarse algo... *(Pausa. Le pide la rosa.)* ¿Me permite?

Intruso - Sí: era para usted. *(Se la da.)*

Doctora - Gracias. *(Al cogerla se pincha un dedo.)* ¡Ay!

Intruso - Vaya... Usted también...

Doctora - Ya ve...

(Se muestran respectivamente los dedos pinchados. Entre risueños y avergonzados, los van aproximando hasta juntarlos. Quedan así, mirándose un rato.)

Intruso - Y a usted... su matrimonio... ¿cómo le va?

Doctora - *(Separándose, airada.)* ¿Y quién le ha dicho que no estoy casada con el profesor Forrester?

Intruso - No sé... ¿Me lo ha dicho alguien?

Doctora - Entonces, ¿por qué ese tonillo?

Intruso - ¿Qué tonillo?

Doctora - «Su matrimonio»... Lo ha dicho con tonillo.

Intruso - No me he dado cuenta... Será por la palabra, que es un poco ridícula de por sí, ¿no le parece?... Matrimonio...

Doctora - Pues no, no estoy casada con él. Y encima, me va muy mal.

Intruso - Cuánto lo siento...

Doctora - El, en cambio, sí que está casado, y le va muy bien.

Intruso - Cuánto me alegro... Que diga... no. No me alegro. *(Se sienta de nuevo en la mesa.)*

Doctora - Y usted se preguntará: entonces, si no está casada con él, si le va tan mal que ni es feliz ni desgraciada, ¿por qué soporta que todos los fines de semana se la lleve al monte, para experimentar con ella sus teorías sobre el campo biogravitatorio del hiperespacio?

Intruso - Sí: eso mismo me estaba preguntando.

Intruso - Ya me parecía a mí... ¿Y usted conoce Praga?
Doctora - Olvídense de Praga...

(El INTRUSO se ha cogido el pie descalzo y grita de pronto.)

Intruso - ¡El zapato!

Doctora - Piense que la materia y el continuo espacio-temporal, vacío y curvo...

Intruso - ¡Me falta un zapato! ¡Y antes lo llevaba, estoy seguro!

Doctora - *(Titubeante.)*... Son... en el fondo... la misma cosa...

Intruso - *(Va junto a ella y la zarandea sin brusquedad.)* ¡Eh, salga de ahí! ¡Ahora no es antes! ¡Me falta un zapato!

Doctora - *(Como regresando de otra realidad.)* ¿Qué?... ¿Un zapato?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?

Intruso - Estábamos volviendo a empezar por donde antes. Pero antes llevaba dos zapatos y ahora sólo uno, ¿comprende? No es lo mismo. Y, además, tenemos las gafas cambiadas.

Doctora - ¿Por donde antes...?

Intruso - Sí: dando vueltas... Como si hubiéramos caído en... en un remolino. Menos mal que he conseguido salir.

Doctora - *(Admirada.)* ¿Y cómo? ¿Cómo lo ha conseguido?

Intruso - *(Ufano.)* Bueno... La verdad es que no ha sido muy difícil... Cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo.

Doctora - No. Cualquiera no, estoy segura...

Intruso - Sí, sí: cualquiera. Notar la falta de un zapato está al alcance de todo el mundo.

Doctora - Eso es lo que usted se cree. Pero hay mucha gente que no nota la falta de un zapato, ni de un eucalipto, ni de una mujer...

Intruso - *(Tras una pausa.)* ¿Lo dice por ese profesor... Foster, o como se llame? *(Ella asiente, conteniendo un sollozo.)* Si quiere, puede llorar un poco. Me aguantaré el hipo... y hasta los granos.

Doctora - *(Reaccionando con orgullo airado.)* ¡No! No voy a llorar ni una lágrima más por ese... *(Insulto grueso en inglés.)* Ni por los malos ratos que me hace pasar en el Departamento.

Intruso - ¿En qué departamento?

Doctora - No soy una india, me parece a mí, ni una negra, ni una filipina... Y mucho menos, una cobaya.

Intruso - Eso salta a la vista.

Doctora - A la suya, sí. Porque usted es un ser humano y tiene ojos en la cara y es capaz de ver con ellos...

Intruso - Bueno... y también sus gafas, que me van muy bien.

Doctora - En cambio, en la Facultad, ni me miran...

Intruso - Da mucha rabia eso.

Doctora - ¿A usted tampoco le miran?

Intruso - Sí, me miran... pero no me ven... Como si no estuviera.

Doctora - Pobre hombre.

Intruso - Claro, que un poco de razón no les falta...

Doctora - ¿En qué?

Intruso - En que muchas veces no estoy.

Doctora - ¿Dónde?

Intruso - Donde estoy... O sea que a veces estoy en un sitio, pero en realidad no estoy. O estoy en otro... o en ninguno. A Kafka también le pasaba.

Doctora - ¿Ese Kafka no era un señor que se convirtió en escarabajo?

Intruso - Más o menos.

Doctora - Hay una gente más rara por ahí...

Intruso - Y que lo diga. Usted, en cambio, no es nada rara.

Doctora - Qué va... Al contrario. Lo mismo que usted.

Intruso - ¿Le parece?

Doctora - Y sin embargo, tan normales que somos, y ya ve lo que nos pasa.

Intruso - ¿Qué nos pasa?

Doctora - Usted en Praga, yo en los Apalaches; el uno en febrero, el otro en mayo... Y a saber de qué años...

Intruso - Es verdad. Ya no me acordaba... Estamos aquí los dos tan... tan...

Doctora - Eso mismo: tan...

Intruso - Tan...

Doctora - Tan...

(Silencio. Están muy próximos el uno del otro. Lentamente se quitan las gafas y se besan con cierta torpeza. Sonríen turbados y vuelven a besarse. Intercambian las gafas, se pone cada uno las suyas y se miran, felices, casi riendo. Cuando van a besarse de nuevo, esta vez abrazándose, una extraña fuerza parece tirar de ellos hacia atrás y los separa.)

Intruso - ¡Eh! ¿Qué pasa?

Doctora - ¿Qué es esto? ¿Quién me...?

Intruso - ¡Me estoy cayendo por...!

Doctora - ¡Yo también!

(Logran agarrarse de una mano y ponerse en pie, pero la fuerza continúa arrastrándoles hacia ambos laterales. El forcejeo les hace ejecutar una especie de danza descoyuntada.)

Intruso - ¡No me suelte! ¡Se me está tragando el hotel, y

¡Y me voy a caer!

Doctora - ¡Y a mí el barranco, y mayo, y...!

Intruso - ¡No hay derecho! Con usted estaba empezando a notar como si pudiera tener tiempo de pensar en saber si era o no feliz...

Doctora - ¿Me lo puede repetir, que no le he entendido bien?

Intruso - ¡Le decía que...!

Doctora - ¡No importa, ya no nos queda tiempo! ¡Démonos una cita!

Intruso - ¿Una cita?

Doctora - Sí: quedemos citados en algún lugar, en alguna fecha...

Intruso - Pero, ¿de qué año?

Doctora - Del año que viene, por ejemplo.

Intruso - ¿De cuál? ¿Del suyo o del mío?

Doctora - ¡Es verdad! ¡Qué horror! Puede que su futuro sea mi pasado...

Intruso - O viceversa...

Doctora - ¡No hay derecho! Yo hubiera podido ser feliz con usted, estoy segura...

(Las manos se sueltan y ambos son tragados rápidamente por los laterales opuestos.)

Intruso - *(Saliendo)*. ¡Y viceversa!

Doctora - *(Saliendo)*. ¡Y viceversa!

(Queda la escena vacía un momento. Entra el VICESECRETARIO suspirando, al extremo de un palito, el zapato del INTRUSO. Mira su reloj.)

Vicesecretario - Bien, señoras y señores: son las... *(Dice la hora real.)* Dentro de quince minutos empieza en la televisión el concurso «¿Quién inventó la cebada?», y eso es algo que los amantes de la cultura no estamos dispuestos a perdernos. Especialmente después de esta lamentable velada, que ha puesto de manifiesto la incapacidad de la actual *(Dice la hora real.)* junta. Porque esta noche, queridos socios, en vez de estar presentes en este acto, unidos como un solo hombre, los miembros electos de la Junta se encuentran... *(Saca un papel del bolsillo.)*... según informes de toda confianza, diseminados y desparramados por los siete puntos cardinales. *(Mira el papel.)* A estas alturas ya no va a escandalizarnos que al señor Secretario se le haya visto, en compañía del tristemente famoso tahir Adolfo Cogolludo, enzarzado en una vulgar partida de petanca zurda. ¿Y

quién dirán ustedes que le sostiene las bolas, por decirlo así?... Pues sí, lo han adivinado: nuestro ejemplar ordenanza Aarón. Lamentable... *(Mira el papel.)* Desde la Asociación Gimnástico-Deportiva «Conchita Margules» me llegan noticias de nuestro venerable Vicepresidente... Pero, ¡qué noticias, queridos socios! El respeto a las queridas socias me impide dar detalles sobre el penoso espectáculo que... No, no: mejor silenciar lo que no es sino lógica consecuencia de la edad y el consiguiente deterioro físico. Claro que, me pregunto yo: ¿es razonable mantener en un puesto de mando a quien ya no es capaz de mandar sobre sus mas sencillas funciones corporales? He aquí un tema grave y de profundas resonancias políticas, filosóficas y aun fisiológicas... *(Mira el papel.)* En cuanto al señor Presidente, la cosa es todavía más lamentable. Yo comprendo que un hombre de su posición y de sus méritos no puede atender en todo momento a todas y cada una de las responsabilidades que ha cargado sobre sus hombros. Y que, cuando está presidiendo el Consejo de Administración del Banco Cebollero, no pueda dirigir la Banda Municipal, ni asesorar la actividad financiera del Cabildo Catedralicio. No, señores, no... No es justo exigirle a un simple mortal, por muy vital que sea, que despache a la vez en su tienda de electrodomésticos y en su Oficina del Catastro, ni que se ocupe al mismo tiempo de organizar las Fiestas Patronales y de extender pólizas de seguros a sus alumnos del Instituto de Bachillerato... Pero la solución no puede ser nunca la fuga. ¡Nunca!... Por cierto: he aquí otro tema enjundioso... La fuga de cerebros... Habría mucho que hablar de la fuga de cerebros, y es verdad que se habló mucho, y sin pelos en la lengua, cuando don Protasio Calleja, el eminente odontólogo y tesorero de la Fundación Olmedilla para el Fomento del Espíritu, se fugó a Miami con los fondos de la entidad y parte del mobiliario... Pero, ¿se llegó entonces al meollo del asunto? Modestamente, opino que no. Porque, si nuestros mejores cerebros se fugan, ¿qué papel vamos a hacer en Europa?

¿Podemos pretender que nos admitan en el concierto de las naciones sólo por la calidad de nuestros huevos? No, amigos míos, no... La inteligencia es indispensable hoy en día... Y si no, que se lo digan a ese pobre muchacho... *(Se acerca a un lateral, indicando a alguien.)* Ven, Gregorio, ven... *(Al público.)* Sí: que se lo digan precisamente a Gregorito, el menor de los hijos de nuestro Presidente, que es quien ha venido a traernos la noticia de la inexplicable conducta de su padre... *(Hacia el lateral.)* Ven, muchacho: no tengas vergüenza... *(Al público.)* Ahí tenemos un triste ejemplo de fuga de cerebro, por decirlo así... *(Se toca la cabeza.)*... si es que el angelito lo ha tenido alguna vez... *(Hacia el lateral.)* ¿No quieres salir, Gregorito? ¿No vas a contarles a estos señores lo que me has contado de tu papá? *(Al público.)* No: parece que no se atreve... Afortunadamente, mi interés vocacional por las gallinas y otras aves de corral me permite comprender el penoso tartajeo de la criatura, de modo que les haré la traducción simultánea del relato... *(Hacia el lateral.)* Adelante, Gregorito... Me has dicho que estabais merendando en casa tú, tus diez hermanos, tu papá y tu mamá... Y que tu papá estaba ya arreglado para venir al Club... Tu mamá no, ya lo sé... *(Al público.)* Como es de todos sabido, la esposa del señor Presidente, doña Consolación Iturralde, durante tantos años Directora del Instituto, hace tiempo que no acude a nuestras veladas culturales, postrada como está en su silla de ruedas... *(Hacia el lateral.)* Bien: ¿y qué ha ocurrido entonces? *(Escucha.)* El reloj de la sala hizo un ruido, sí... y se paró... Eran las siete y veinte... Entonces las manecillas, sí... se pusieron a hacer... ¿a hacer qué?... ¿Cosas raras?... ¿Qué cosas raras?... ¿Y tu papá también?... ¿Qué gritaba?... *(Al público.)* Sí, señoras y señores: que se iba a Praga... Así, repentinamente, en el acto y sin motivo alguno... ¡se iba a Praga!... *(Hacia el lateral.)* ¿Y qué pasó entonces? *(Escucha.)* Tu mamá se puso a gritar... tus hermanitos también... tu papá también... Y tú no, pobrecito, claro que no... *(Al público.)* Ya ven, señoras y señores: el pequeño inocente,

en medio del caos familiar desencadenado por la súbita decisión del padre, permanece mudo, atónito, babeante... Como ahora... *(Saca un pañuelo y lo tiende hacia el lateral.)* Toma, Gregorio: límpiame las babas... *(El pañuelo desaparece. Al público.)* Yo mismo les resumiré el resto de la escena... El señor Presidente, sin más explicaciones, dice que se va para siempre y abandona el hogar dando un portazo. Doña Consolación se desmaya. Los hijos, alborotados, corren unos a atenderla, otros en busca del médico, otros a la caza del padre huido... Y la pobre mujer, cuando recobra el sentido, explica balbuciente que, en su lejana juventud, coincidió con quien ahora es su esposo en un viaje a Praga... Sí: precisamente a Praga. El regresó de allí... *(Hacia el lateral.)* ¡Niño, no te comas mi pañuelo! *(Lo recupera de un manotazo y, al notar lo empapado, lo sujeta con dos dedos. Sigue hablando, pues, con el pañuelo en una mano y el palito con el zapato en la otra.)* El regresó de Praga, decía, presa de una extraña depresión, y algún tiempo después contrajo matrimonio con doña Consolación Iturralde, como sabemos... Hasta aquí, queridos socios, el relato que me ha hecho, a trancas y barrancas, este pequeño mensajero enviado por la desconsolada familia. Lamentable, ¿no es verdad? ¿No produce auténtico sonrojo ver a un hombre de la edad y de la posición del señor Presidente, abandonando a los suyos y eludiendo sus múltiples obligaciones por quién sabe qué trauma juvenil? Todos tenemos traumas juveniles... *(A alguien del público.)* ¿No es verdad, don Emiliano?... Y yo mismo, sin ir más lejos, cuando estuve en Andorra... Pero, en fin, no por eso nos viene el arranque de irnos todos a Praga... ¿Qué sería del futuro si, por culpa del pasado, huyéramos del presente? Aquí es donde hay que estar, día a día, limpiándole las babas a Gregorito, por decirlo así, y haciendo de nuestro querido Club de Divulgación Cultural «Amadeo Pimentel» lo que ha sido siempre: un templo del saber y un mausoleo del progreso. Por eso, queridos socios y socias, en vista de la actitud irresponsable de la actual Junta Direc-

tiva, se hace inevitable convocar nuevas elecciones. Y aprovecho la ocasión para anunciar mi propósito de presentar mi candidatura al cargo de Presidente y proclamar el lema de mi campaña, que será, nuevamente: «No nos menearán»... *(Al levantar los brazos, repara en el zapato.)* Hay un detalle misterioso en este asunto: he encontrado ahí al lado... *(Señala el lateral por donde entró.)*... este zapato. *(Lo muestra.)* Es, con toda seguridad, un zapato del señor Presidente, ya que, como todos sabemos, entre sus muchas rarezas estaba la de usar siempre el mismo modelo... ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Porque, según he sabido por un informante anónimo, al señor Presidente se le ha visto salir de la ciudad hace unas horas, conduciendo como un loco. Dicho informante, que ha estado a punto de ser atropellado, me ha dicho, además, que el señor Presidente conducía sin gafas... Lo cual puede hacernos dudar de que llegue a Praga... Pero, volviendo al misterio del zapato, soy de la opinión de no rompernos la cabeza por él. Como decía mi abuelo, que en paz descanse: «Por una pieza que no encaja, ninguna barrica se resquebraja»... Y propongo que se lo entreguemos a Gregorito, para que ejercite con él su rudimentaria inteligencia. *(Arroja el zapato hacia el lateral.)* Toma, Gregorio: un recuerdo de tu papá... *(Al público.)* Bien, señoras y señores: creo que podemos ya clausurar el acto... acto fallido, a todas luces... ya que la doctora Greñuela, especialmente invitada desde la Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania, para hablarnos de las paradojas del espacio y del tiempo, ha sufrido una indisposición, como ustedes han visto, y ha habido que ingresarla urgentemente en la Herboristería de doña Blasa... Sí, comprendo sus temores, pero, ¿qué otra cosa se podía hacer? Hoy se celebra, como saben, el Día Provincial de la Salud, y todo el cuerpo sanitario está bailando en el Casino Diocesano... De todos modos, me consta que, últimamente, doña Blasa ha dejado casi de beber... Así pues, confiemos en que nuestra ilustre invitada supere, más pronto o más tarde, sus contratiempos, y pueda gozar

de unos días de asueto en su ciudad natal. Y quién sabe si la proverbial hospitalidad de nuestro pueblo hará mella en su espíritu y la inducirá a quedarse para siempre entre nosotros... Señoras y señores: buenas noches. *(Sale.)*

(La luz se apaga, excepto dos franjas que trazan en escena, de un lado a otro, sendos pasillos de luz. Por un lateral, caminando de espaldas y con los brazos extendidos, aparece un anciano que recuerda, inequívocamente, al INTRUSO. Por el otro lateral, también caminando de espaldas y con los brazos extendidos, en camión, entra la DOCTORA. Sus trayectorias se cruzan, pero ellos no se ven. Andan con pasos vacilantes, en actitud vagamente sonambúlica. Y salen de escena por los laterales opuestos. Se apagan las franjas de luz mientras, a lo lejos, aúlla un perro.)

TELON

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP